



NOTAS DE FILOSOFIA

P. Alfonso López Quintás.

EL TEMA DE NUESTRO TIEMPO

Con este título publicó Ortega y Gasset una obra pensada en 1921, y en ella dió su respuesta a la problemática de su época. Si hubiésemos de dar testimonio ante el futuro de nuestra situación actual, ¿qué puñado de problemas deberían constituir el "tema de nuestro tiempo"? A mi juicio, la respuesta es inequívoca: el estudio integral del hombre, ese ser que se desborda infinitamente a sí mismo.

Hace unos años un médico famoso publicó un libro que dió la vuelta al mundo. Estaba escrito con sencillez y llevaba este extraño título: *El hombre, ese desconocido*. ¿Cuáles han sido las causas de este éxito? Más que nunca nos conviene hoy averiguarlo, porque el tema del hombre es acuciante.

A mi modo de ver, el acierto de Alexis Carrel radica en su visión *sinóptica* de los problemas humanos, su arte de abarcar mucho campo con la

mirada, por situarse desde el principio a un nivel de profundidad. Y aquí se impone decir que esta es justamente una de las características más fecundas de la mentalidad actual: que sólo se acepta y se respeta la amplitud que es fruto de radicalidad, no de mera erudición. El enciclopedismo superficial distrae la atención, y a la postre hastía. La concentración profunda, aun siendo en principio angosta, por insistir en un mismo punto, abre dilatadísimos horizontes, y al fin despierta entusiasmo.

El libro de A. Carrel se ha leído mucho por ofrecer una visión del hombre acorde al estilo de pensar que exige nuestra época: un modo no ecléctico, sino integral de ver las cosas, examinándolas por dentro, en estado naciente. El lema del momento viene dado a mi ver por estas palabras de J. Gnéheno: "Más que las cosas mismas, es el principio de estas cosas lo que convendría se nos enseñase cada vez que esto es posible."

Si se me preguntase, pues, cuál es el "tema de nuestro tiempo" en 1963, yo diría sin vacilación que consiste en poner en forma la capacidad de pensar de un modo *genético e integral*, para plérgase así lo más perfectamente posible al modo de ser y de darse lo real.

Y para concretar esta idea general, quisiera aludir, por vía de ejemplo, a una publicación reciente, de gran renombre: *Sobre la esencia*, de X. Zubiri. Apenas hecha su aparición del dominio público, se agotó la primera edición, y la segunda se está vendiendo a buen ritmo. Pero la reacción del público es dispar. Pues si plumas ilustres se han apresurado a calificar este suceso editorial de máximo acontecimiento del año, no han faltado voces disidentes que han reprochado a la obra de falta de actualidad. Grave acusación, por cuanto en Filosofía, como en Arte, una obra sólo es grande cuando tiene una proyección notable hacia el futuro, que es el modo de ser eficientemente actual. Nada más importante para orientarnos acerca del estilo característico del pensamiento actual que estudiar un tanto de cerca el espíritu que anima esta obra sintomática.

ACTUALIDAD DEL PENSAMIENTO DE X. ZUBIRI

Muchos son los que a partir de la publicación del libro que comento se dirigen al profesional de la Filosofía con objeto de obtener una respuesta definitiva y clara a estas preguntas: ¿Estamos en verdad ante una obra trascendental? Y ¿a qué se debe, en caso positivo, su fecundidad?

Yo pienso, decididamente, que si se la juzga como un trabajo fuera de serie, un verdadero hito en la Historia del pensamiento español, se está en lo cierto, pero conviene apresurarse a mostrarlo insertándola en el ambiente actual. Sólo al ver la problemática que tiene a su base, en qué clima intelectual se gestó, cuáles son las perspectivas que deja abiertas, etc., se puede apreciar la significación plena de un trabajo que no ofrece citas, ni índice bibliográfico, ni punto alguno de fácil entronque con el mundo del pensamiento contemporáneo. Esta amplia perspectiva permitirá evitar defectos de interpretación que arrojan una nefasta cortina de humo sobre los mayores méritos de esta obra.

Lo importante ante la aparición de una obra fuera de serie no es descubrir la afinidad que pueda tener con otras, sino hacerse cargo de su posible fecundidad. En el caso concreto de la obra que nos ocupa la trabazón de su pensamiento es lo suficientemente robusta para convertir esta obra en un fenómeno irreductible que pide un estudio aparte. La gravedad de nuestra coyuntura actual, en efecto, exige una rápida actividad de creación

positiva y esforzada, cuyo primer fruto debe ser la aceptación franca y decidida de cuanto lleve un signo rigurosamente positivo. Bien entendido que esta actitud de apertura no se opone en modo alguno a la severidad crítica, sino al afán deletéreo de disolver lo cualitativamente irreductible en una multiplicidad de elementos. Forma de explicación toscamente causalista ante la que sucumbirían las mayores obras del ingenio humano —que son, como se ha dicho, riscos que sobresalen en una cordillera de altas montañas—, si un seguro instinto no inspirase al hombre respeto ante *lo nuevo*, el Novum entitativo que constituye la más fina esencia de toda entidad cultural.

No se debe olvidar, por otra parte, que la gestación de un libro profundo es un episodio lleno de esfuerzo, y toda forma de dolor exige respeto, que debe traducirse en voluntad de comprensión. Nada más penoso que contemplar la despreocupada rapidez con que se enjuicia la obra, en cuyo obsequio se consumió gran parte de la vida.

Tanto mayor es mi asombro al leer en una revista madrileña (1) unas declaraciones suscritas por Pablo Cepeda Calzada, en las que se niega a la nueva investigación de Zubiri todo valor de actualidad.

Según el autor, Zubiri ha realizado una labor de paciente y genial orfebrería filosófica que despierta admiración, pero que carece de fecunda actualidad. "Este genial esclarecedor de la tradición ha quedado ciego para aquellas otras cuestiones apuntadas en nuestro horizonte cultural. No se le escapa ningún detalle de la topografía recorrida. Pero le cuesta gran trabajo descubrir los nuevos bultos que se le acercan" (2). La razón en que se apoya es de una gravedad escalofriante cuando se trata de una filosofía de orientación radicalmente cristiana, es, a saber, *la ausencia del ser espiritual*: "En el orbe intelectual o en la máquina cultural, dentro de la que vamos sumidos o embaldados, el bulto más importante o el fenómeno que se nos avecina consiste en una nueva aprehensión rigurosamente filosófica del ser espiritual. Pues bien. A través de las densas y magistrales páginas de Zubiri en *Sobre la esencia*, ese ser espiritual brilla por su ausencia. Esta es su más gruesa limitación." El autor, que en algunos momentos pareció moverse en el terreno de la mera sugerencia, cierra su trabajo con una afirmación drástica y violenta: "Investigando de manera acabada sobre el concepto de esencia, de indudable impronta griega, Zubiri ha amputado una de las porciones más fundamentales del universo de Occidente: la porción del espíritu."

El volumen de estos cargos hace suponer a su base una fundamentación proporcionada, bien

(1) *La Estafeta Literaria*, 30 de marzo de 1963.

(2) *Loc. cit.*, pág. 18.

sabido que una mera sospecha surgida a lo largo de la lectura no justifica en modo alguno la manifestación pública de un reparo que compromete no sólo el prestigio de un autor constituido por *méritos propios* en maestro de maestros, sino la eficacia de una doctrina que está ejerciendo una decisiva influencia en el mejor pensamiento español. A lo largo de este trabajo, sin embargo, la mejor buena voluntad no encuentra sino la decepción sufrida por quien sin duda esperaba de Zubiri un estilo de pensar cortado a la medida del actual personalismo espiritualista, y no ha sabido reaccionar todavía a la sacudida que produce en todo clima más o menos inspirado por el Racionalismo la movilización del vocablo "físico".

Bien vistas las cosas, se observa que este crítico no se hizo cargo del espíritu que alienta en la obra a la que tan severamente critica. De ordinario, para comprender rectamente a un pensador hay que adivinar sus profundas intenciones, a cuya luz se clarifican muchas ideas y términos equívocos. En el caso de Zubiri la piedra de escándalo viene constituida por el uso del término "físico", que el autor citado interpreta como signo de *materialismo*. Si hubiera reparado que este vocablo no se opone aquí a "espiritual", sino a "ideal", "lógico", "predicativo", "meramente intencional", etc., hubiese advertido algo excepcionalmente importante, es a saber: que lo que intenta Zubiri con la inclusión de este vocablo, tan drástica e inequívocamente *real*, es evitar que se convierta la vida intelectual en un *sueño del espíritu*, como solía decir Ebner, es decir, en algo falto de auténtica *realidad*. Así se comprende que frente a quienes, de un modo o de otro, han pretendido reducir la esencia a un mero *elenco de notas* que indica, en contraposición a la *existencia*, lo que es una cosa, se esfuerce por vincular la esencia a la existencia, haciendo ver que esa constelación de notas es lo que hace posible que una cosa tenga una *estructura sistemática* y pueda, por tanto, tener unidad interna y *subsistir*. Por eso afirma que las esencias son *individuales*, por ser principios de la sustantividad de los seres, en abierta oposición a cuantos las consideran como modelos universales que se realizan en los diferentes individuos.

Ahora bien: esta posición parece sugerir la existencia de una radical disparidad entre los individuos de una misma especie. Si las esencias son individuales, los individuos de la misma especie dejan de ser meros casos de una *esencia general*, para ganar en valor individual. Pero ¿en qué consiste, según esto, la pertenencia a una misma especie? Zubiri echa mano de sus conocimientos biológicos y contesta decididamente: en

algo más que en una mera *similitud*, como se ha pensado con demasiada frecuencia, pues de hecho no se trata de que una esencia se concrete en múltiples individuos, sino de que éstos se multipliquen en el seno de una especie. Todos comunicamos vitalmente en la misma especie, siendo (mejor: precisamente por ser) esencialmente distintos (3). No se trata, por consiguiente, de averiguar cómo se realiza una esencia específica en los individuos, sino si existe y en qué forma una expansión específica de las esencias individuales (4). Conforme a esta visión genética, la especie, más que una relación de similitud, constituye un *phylum*, grupo de notas genéticamente transmisibles y perdurables por interfecundidad (5). Con admirable decisión dota Zubiri de valor rigurosamente *filosófico* a las especies biológicas (6).

Se observa en este estilo de pensar el noble afán de ver la realidad en camino hacia su logro perfecto, en su interno proceso de *constitución*. Lo cual exige un poder nada común de análisis y de síntesis a la par, es decir, de *integración*. Cualidad indispensable en todo aquel que ansíe abrir nuevas rutas en la investigación actual, pues una vez anclado el pensamiento en *lo concreto*, después de la campaña de "retorno a las cosas mismas", llevada a cabo en los últimos años, sólo se puede filosofar si se cuenta con una mente extraordinariamente *ágil que atienda a los detalles sin perder de vista el todo*. El pensamiento actual se caracteriza por su atención a los diversos fenómenos en su irreductible *mismidad*. Pero como la Filosofía es en todo tiempo el estudio del sentido más profundo de los seres, tiene que ganar la necesaria distancia de perspectiva para ver las cosas de conjunto, con ese poder de clasificación que se gana después del análisis. Se trata de un pensamiento sinóptico de madurez.

Hace años un teórico de la Biología, Goldstein, hacía notar en el prólogo de su obra más célebre que hasta el presente cada vez que se ha intentado comprender a la vida, se ha ido de lo "inferior" a lo "superior". Se ha estado imbuído de la idea de que las clases de los seres vivos forman una escala cuyos peldaños inferiores están representados por seres de estructura y funciones relativamente simples, de los cuales los seres superiores no se distinguen más que por una estructuración más diferenciada. Se intentó, pues, estudiar primero los fenómenos "simples" y elevarse a partir de ellos hasta el análisis de los "superiores" más "complejos". Y advierte que en la exposición que va a hacer de los fenómenos de la vida intentará seguir el camino inverso. Tomando al

(3) Cfr. *Ob. cit.*, págs. 219-25.

(4) Cfr. *Ob. cit.*, págs. 234-35.

(5) Cfr. *Ob. cit.*, pág. 243.

(6) Cfr. *Ob. cit.*, págs. 244-46.

hombre como punto de partida intentará comprender a partir de su comportamiento el de los otros seres vivos; por la razón fundamental de que a lo largo de sus investigaciones, el autor no ha encontrado un concepto más equívoco que el de simplicidad.

Esto nos pone al alcance una idea decisiva para la interpretación del pensamiento actual y consiste en el hecho de que cuando éste postula la vuelta a lo concreto no pretende asirse a los detalles, a los individuos en su concreción solitaria, sino reconquistar la dimensión profunda perdida en Filosofía por la influencia del método científico de reducción de lo complejo a lo simple. Lo decisivo en el momento actual es haber advertido que la alta dosis de flexibilidad mental exigida hoy al pensamiento no puede ser fruto del desarraigo de una mente que trabaja en vacío, de espaldas a lo real, sino de una profunda adaptación simpática con los objetos de conocimiento. Por fortuna, modernos experimentos biológicos y antropológicos nos han revelado el hecho decisivo de que no son las elaboraciones mentales del hombre el máximo ejemplo de movilidad creadora, sino la realidad, sobre todo vista en sus estratos superiores. El ideal del conocimiento debe consistir, pues, en plegarse fielmente al despliegue autogenético de lo real (7).

En consecuencia, lo que se pretende es captar directamente y del modo más intenso posible las correlaciones entre los seres, mejor dicho, los seres concretos y todas esas realidades complejas que surgen del encuentro entre dichos seres, lo que Heim llamó *ámbitos dimensionales*, o Buber, el ámbito del *entre*. Para ello se necesita poner en forma el sentido de aquello que no siendo sensorial se exprese a través de lo sensible. Que esto significa un giro trascendental del modo de pensar, lo ha explicado K. Friederichs con palabras emocionadas: "Estamos al comienzo de una nueva época de la historia humana y, por tanto, de una nueva imagen del mundo. Esto significa, como siempre, una enorme ampliación del horizonte espiritual, pero además el acceso a 'nuevas' dimensiones, a lo *suprasensorial*, es decir, significa el comienzo de un saber claro acerca de algo que siempre se presintió; o dicho más exactamente: lo que los más versados de todos los tiempos han

(7) Véase acerca de esto K. Goldstein: *La structure de l'organisme. Introduction a la biologie a partir de la pathologie humaine*. Gallimard, Paris, 1951; K. Emmrich y H. Conrad-Martius: *Das Lebendige, Die Endlichkeit der Welt, der Mensch. Drei Dispute*. Kösel Verlag, München, 1951; P. Ricoeur: *Philosophie de la volonté. Le volontaire et l'involontaire*. Aubier. Paris, 1949.

sabido siempre, empieza a ser accesible a todos."

Esta situación nos obliga a exigirnos el máximo esfuerzo y aceptar con agradecida prontitud cuanto pueda contribuir a dar cuerpo a estas espléndidas perspectivas.

Teniendo esto en cuenta, basta una somera lectura de la obra de Zubiri para hacerse cargo de su eminente actualidad.

Ciertas obras actuales como *La existencia temporal*, de Jean Guitton (8), y *Autonomismus und Transzendenzphilosophie*, de Hans Eduard Hengstenberg (9), ofrecen multitud de semejanzas en el planteamiento y solución de los problemas (10) con la obra de Zubiri. Pero tal circunstancia, lejos de amenguar el valor de ésta, sirve para revelar al lector atento a la marcha del pensamiento actual la capacidad del autor para hacer frente a la problemática de su época.

Hace unos ocho años un padre jesuíta francés, Louis Ricard, presentó en el Congreso Internacional tomista de Roma una ponencia en la que postulaba la necesidad de elaborar una teoría de las esencias muy realista. Al hallar en la obra de Zubiri esta teoría, enmarcada en un conjunto bien trabado, siente uno la gozosa impresión de hallarse en la vanguardia de la investigación. Pretender minimizar el valor de las grandes obras señalando posibles lugares de inspiración o de simple coincidencia es ir a contracorriente de las grandes leyes que rigen el proceso creador de las obras culturales. Lo importante en una obra es el hecho de que, hallándose bien afirmada en el suelo de su época, lleve a la investigación por rutas fecundas.

Las grandes obras maestras son fruto, en gran medida, del pasado, ponen las bases del futuro, y dan la tónica del presente. Por eso conviene adentrarse en ellas a todo el que está llamado a intervenir activamente, de un modo o de otro, en la cultura de un país, pues, aun en el caso de no poder sacar sino escasa noticia concreta de las mismas por su carácter especializado, se conseguirá adivinar el espíritu que en ellas late, lo cual significa tanto como ir tomando el pulso a la propia época y precisando así los contornos de lo que constituye el "tema de nuestro tiempo".

(8) Edit. Sudamericana. Buenos Aires, 1956.

(9) Kerle Verlag. Heidelberg, 1950.

(10) Acerca de la disociación de esencia y existencia, la permanencia de las sustancias, el principio de individuación, el carácter eminentemente real de la especie, la distinción de individualidad y singularidad, pueden verse los siguientes pasajes: *La existencia temporal*, págs. 119, 182, 207, 208. *Autonomismus und Transzendenzphilosophie*, págs. 113, 114, 124, 295.